

Transición en cámara lenta

Por

Jorge A. Sanguinety

En Cuba están pasando cosas interesantes. Por ejemplo, Raúl Castro critica públicamente el pobre abastecimiento de leche a la población y el bajo poder adquisitivo de los salarios que reciben los trabajadores. Después decreta medidas para estimular la producción y la distribución de leche. Por otra parte el hijo del Vicepresidente Carlos Lage hace declaraciones afirmando que el socialismo no tiene que estar divorciado del bienestar de los cubanos. Estos tres eventos están interrelacionados y no creo que hayan ocurrido por casualidad.

Una explicación razonable basada en la poca información existente (no olvidemos que casi todo en Cuba es secreto de estado) es que, en ausencia del máximo líder, hay un doble temor por parte de toda la dirigencia. Por un lado está el temor de alterar la estabilidad del equilibrio existente en el país con medidas abruptas. Por otro lado, el de no tomar algunas medidas que alivien la situación precaria en que viven los cubanos. Cuando Fidel Castro estaba a cargo del país y hacía del estancamiento crónico el estilo de vida nacional, su política era la política de no hacer nada; simplemente dejarlo todo tal como estaba día tras día. La política de mantenerse en el poder era la de hacer lo menos posible en el frente interno, con algunas medidas para ahorrar energía y entretener a los cubanos más dóciles, mientras mantenía un estricto control sobre los más rebeldes.

Pero la naturaleza impone un “shock” externo que amenaza con un cambio de equilibrio que puede desestabilizar al régimen: se enferma Fidel Castro de gravedad y queda fuera de combate indefinidamente. En tal situación, la primera prioridad del hermano Raúl es mantener la estabilidad del régimen. Aunque quisiera hacer cambios, no puede hacer mucho por dos razones: a) Fidel vive todavía y no quiere cambios y b) aunque Fidel muera, los cambios bruscos pueden ser desestabilizadores. Con la estabilidad del régimen no se juega. Un derrumbe del orden establecido por Fidel Castro puede ser letal para el gobierno en su conjunto y para cada uno de sus miembros principales.

Por lo tanto, si hay que hacer cambios (y todos sabemos que hay que hacerlos) tienen que hacerse lo más lentamente posible para que los desequilibrios que puedan crearse no lleguen a desestabilizar al régimen. De ahí que los cambios que estamos observando vienen a cuenta gotas, para ver qué sucede a cada paso y tomar medidas correctivas si los cambios generaran expectativas de más cambios en las mentes de los cubanos. Pues es bien sabido que cuando las expectativas crecen y las mismas no se cumplen, aumenta el descontento y puede surgir el deseo de cambiar el régimen, aunque la población no esté preparada para rebelarse con éxito.

Si todo esto es cierto, ¿qué podemos hacer desde afuera para acelerar el proceso de cambio de régimen? Lo primero que habría que hacer es romper el bloqueo informativo y

el aislamiento entre los cubanos que el régimen castrista impuso y ha mantenido por tantos años. La reducción de los viajes de cubanos a la isla han disminuido en algo los ingresos que recibe el gobierno cubano. Sin embargo, en las circunstancias actuales se le está haciendo un gran favor a los Castro porque los cubanos que visitan a otros cubanos en la isla pueden ser una fuerza desestabilizadora de gran eficacia. Y sería mucho más si los cubanos fuéramos capaces de unirnos en la lucha por la libertad de Cuba y formuláramos una estrategia de recuperación democrática sobre una base realista y factible.

¿Qué impide que esto suceda? El espectro de nuestros protagonismos, el hecho de que no sabemos seleccionar a las mejores cabezas pensantes entre nosotros para buscar verdaderos líderes (no aspirantes a caudillo) y seguirlos en la lucha contra la tiranía. Los cubanos que visitan la isla podrían ayudar a quebrar el bloqueo castrista que ha mantenido a la población en el limbo. Pero esas visitas habría que organizarlas o utilizarlas con un sentido de propósito, sin preocuparnos demasiado de que algunos vayan a divertirse a Cuba.

¿Por qué eso no ha sucedido? Porque en lugar de aprovechar los viajes a Cuba para perseguir alguna estrategia inteligente en oposición al régimen, algunos en el exilio piensan que favorecen al gobierno. No pueden vislumbrar las oportunidades que las mismas abren. Prefieren esperar la muerte de Fidel Castro e ilusionarse con que su desaparición traiga no sólo un cambio radical de régimen sino automáticamente un movimiento hacia la democracia. Mientras tanto Raúl Castro hace su juego en cámara lenta, como si en Cuba no estuviera pasando nada y aprovechar la inercia del estancamiento como su mejor garantía de estabilidad, apoyado por la incapacidad del exilio de hacer algo por desestabilizar su gobierno.

Desafortunadamente el juego favorito de muchos en el exilio es no jugar, sino vivir de ilusiones. Una cosa es mantener una actitud optimista sobre el futuro del país mientras buscamos activamente la manera de influenciarlo (algo parecido a aquello de que a Dios rogando y con el mazo dando) y otra es mantener una actitud optimista sin base, como si la democracia cayera como maná del cielo. Mientras sigamos jugando a la lotería con el futuro de Cuba, mientras sigamos siendo espectadores de la historia, continuarán las maniobras de los sucesores de Fidel Castro y el país que queremos recuperar y que todavía vive en el exilio, morirá con nosotros porque no supimos encontrar colectivamente una estrategia ganadora.

Jorgeas730@aol.com

Miami, 19 de septiembre de 2007